

pero sí imprescindible para quien se dedique al estudio de la literatura.

El capítulo 8 clarifica una distinción fundamental en literatura: la clasificación de los discursos en prosa y verso, centrándose en el último para, partiendo de los tipos de versificación, atenerse a la métrica castellana.

El capítulo noveno desarrolla la cuestión de los géneros literarios, terreno en que es bien conocida la aportación de Miguel Ángel Garrido, que logra aquí sintetizar esta encrucijada de los estudios literarios, recogiendo tanto las definiciones tradicionales del término como las propias y ofreciendo una detallada clasificación inspirada en la de Spang.

En el décimo y último capítulo del libro, Ángel García Galiano hace frente a la cuestión de la didáctica de la literatura, ofreciendo muchas sugerencias para mejorar la formación literaria de los alumnos y para contagiar desde las aulas el «amor por los libros», en un tono acorde con el resto de la obra al cifrar el éxito de la enseñanza de la literatura en la consecución de la lectura como una actitud para la que se motiva, pero a la que se llega como «acto irreductible de libertad personal» (p. 345). Esta consideración esperanzadora de la literatura como expresión fundamentalmente humana vertebra el manual, cuya lectura es fácil y amena, virtudes que califican de forma innegable al buen manual.

INMACULADA HERNÁNDEZ DURÁN

MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN. *Islam y Cristiandad*. Universidad de Málaga, 2001, dos vols.

En edición del prof. Álvaro Galmés se recogen en estos dos amplios tomos los escritos pidalinos que pueden hallar acogida —por su temática— en el título global de «Cristiandad e Islam», título completado con el subtítulo «España entre las dos culturas». Galmés es un filólogo de excelentes conocimientos, y persona honrada y trabajadora; y ahora presta un buen servicio científico al volver a poner en el mercado muchos textos de Menéndez Pidal actualmente inencontrables para las generaciones jóvenes, pues ni los bellos volúmenes de *España y su historia* ni los tomitos de la vieja colección Austral pueden adquirirse ya, e incluso son raros en librería de viejo.

Pero además *Islam y Cristianidad* incluye unas páginas inéditas que no deben quedar inadvertidas: las que se refieren a «La España mozárabe y su lengua». En las mismas advierte don Ramón en general cómo «el superestrato árabe ha [...] influido muchísimo más que el superestrato germánico», y en concreto de los mozárabes afirma: «Conservaron, claro es, su lengua románica, como conservaron su religión y hasta sus leyes, con sus obispos, sus condes y sus jueces; aunque empobrecidos y vejados, defendían esforzadamente su latinidad».

Nuestro autor enuncia en un momento de estas páginas el principio general de que «toda extensa edad evolutiva del idioma termina su curso en un supremo esfuerzo literario de barroquismo y oscuridad», y así el período del latín como lengua hablada —entonces se está formando la lengua vernácula o vulgar— lo marca la literatura mozárabe barroquizante, de manera que por ej. Álvaro Cordobés nos aparece como «bisabuelo de Mena y de Góngora» y un eslabón más en «la cadena cordobesa del culturanismo».

Menéndez Pidal trata de las oclusivas sordas y precisa que «durante el siglo IX en la culta Bética la sonorización se halla aún en estado de rechazada. En el Norte empero se hallaba ya tolerada», y en todo caso sucedía que los mozárabes incurrieran en ultracorrecciones, «y de ellos sin duda tomaron los árabes el llamar *Córdoba*» a Córdoba.

En fin dedica el maestro gallego-asturiano sendos párrafos a la toponimia árabe peninsular y a la toponimia mozárabe: «El límite de la reconquista hacia 1050 —escribe—, nos marca el límite norte de la mayor influencia árabe revelada por la mayor abundancia de toponímicos al Sur de esa línea frontera»: *Guadix, Guadalete, Benicasim, Albarracín, ...* Topónimos mozárabes sabido es que son a su vez *Carabanchel, Conchel, Alconchel, Luchana, etc.*

Por supuesto los matices y la densidad afirmativa e informativa de

los textos pidalinos sólo puede percibirse con su lectura directa; ahora queríamos dar nada más que una idea de estas páginas tuyas que se acaban de publicar y que permanecían inéditas.

Las obras de Menéndez Pidal van desapareciendo del mercado, y ello no redundará sino en el empobrecimiento de nuestros estudios filológicos; a veces además parecen no servir ya de texto libros suyos inigualados, como el *Manual de Gramática histórica española*. Nosotros creemos sin embargo que *para el aprendizaje y para el estudio de la diacronía lingüística peninsular, las contribuciones pidalinas siguen resultando las mejores en conjunto, y son por tanto inexcusables*; ¿pueden un buen alumno, o cualquier profesor, dejar de tener constantemente a la mano el *Manual* o los *Orígenes*, y leerlos y releerlos ayudándose además para insistir en las comprobaciones, de sus índices respectivos de palabras?: creemos firmemente que no, y así deseamos transmitirlo al menos a nuestros alumnos.

Por lo demás los presentes dos volúmenes de estudios lingüísticos y literarios tienen la mucha virtud (tal como queda advertido) de devolver al mercado —o en algún caso de poner en él—, trabajos y páginas que no circulaban en el mismo y que son imprescindibles.

FRANCISCO ABAD